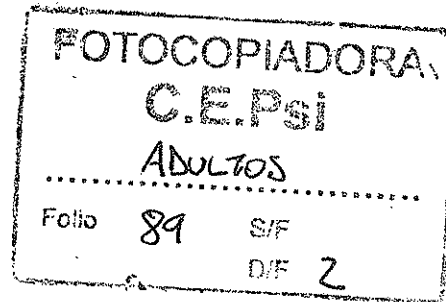


## ¿QUE CONTROL?



Hay una práctica del control. Es un hecho. No hay época del psicoanálisis que no la haya conocido de algún modo, ni siquiera en los comienzos, donde surgía como por generación espontánea —sin demanda explícita del Otro— e incluso antes de que la palabra lo consagrara, bajo la forma de la conversación amistosa con Freud o con algún colega. Su codificación ulterior en la Asociación Internacional, el hecho de que allí fuera empleado como parte de las funciones de aprobación, le confirieron una finalidad institucional de selección y lo promovieron como etapa obligada de lo que se cree es un *cursus* del analista. Tanto más notable es el hecho de que su práctica no se haya impuesto menos en la Escuela de Lacan, aun cuando el principio sobre el que ésta se funda —el analista no se autoriza más que en sí mismo— implica la suspensión de todo procedimiento de aprobación previo al ejercicio del psicoanálisis. No es menos sorprendente que las tentativas por corregir las resonancias diversamente inquisitorias del término control y sustituirlo por otro vocablo, supervisión por ejemplo, no hayan sido verdaderamente consagradas por el uso. Sin duda, un control se le impone entonces al analista allí mismo donde ninguna instancia se lo impone. Y uno llega a suponer que de manera general, las funciones institucionales del control enmascaran bajo una finalidad sobreagregada, externa, de aprobación o de reconocimiento, su éxito inicial, que no debe buscarse en ninguna otra parte más que en la estructura del discurso analítico.

*El analista en el banquillo*

No hay que olvidar la definición: el término deriva de *contra-rol*, que designa el registro duplicado que permite la verificación del primero. Controlar es, en un proceso, una operación siempre segunda, que agrega a lo que allí se hace la seguridad de una evaluación. Un "cuestionamiento con fines de examen" está allí entonces evidentemente implicado. Este redoblamiento, si se impone en muchas materias, no es un problema para todas, sólo para aquellas —si hay otras además de la práctica analítica— que dependen del epíteto *improbis*: allí donde falta un metro patrón para garantizar la conformidad del producto terminado, y allí donde tampoco son suficientes los misterios iniciáticos. Traduzcamos: allí donde no podría remitirse a nada que hiciera las funciones de Otro del Otro para sellar lo que se hace en un análisis, y especialmente al analista. Es de este tropiezo del saber, de esta estructura  $S(A)$ , que de hecho surge la inquietud de que el analista sea incontrolable, y con ella la preocupación por remediar esto. Se querría entonces controlarlo (eventualmente a título preventivo). Pero dada esta estructura, ¿quién osará decir dónde está el analista?, a menos de volver a los engaños de la carrera tipo, que sin ir contra el buen sentido, retorna al sentido previo al discurso analítico, es decir, olvida lo que Lacan demuestra: que el acto no podría funcionar como predicado, y que por este mismo hecho un control no es un "paso de más".

Sostengo, en efecto, que ésta es la verdadera apuesta de toda demanda de control: "Asegurar que hay psicoanalista". Esta fórmula, se ve, no prejuzga saber quién es el psicoanalista y se plantea contra la experiencia, porque es de los psicoanalizados, antes bien que del psicoanalista, de los que se habla en el control. La variedad de motivos más o menos teñidos de ansiedad que se enuncian en cada caso es ciertamente muy larga: búsqueda o demanda de un saber sobre el caso (su estructura y su inserción en la transferencia); invocación de los embarazos supuestamente técnicos del analista, los subjetivos o no; inquietud en cuanto a la eficiencia y las finalidades de la cura; e incluso —¿por qué no?— demanda de reconocimiento. Pero en todos los casos el analista está en el banquillo, porque lo que está cuestionado es el acto mismo en tanto que causa de la cura.

Ahora bien, el acto, en tanto tal, excluye el acta. Lo que equivale a decir que el control se impone allí donde es propiamente imposible. Es el "se impone" lo que subrayo, y me corrijo: allí donde sería imposible

—sobreentendido en términos de saber—, siendo la lógica la que permite explorar lo que del Otro no se sabe y que el analista encarna:  $\alpha$ . Sin psicoanalista, no hay psicoanálisis. A falta de un universal del psicoanalista, éste no "se asegura" más que en los efectos de producción de la cura. Las paradojas del control no hacen sino reflejar lo que Lacan no dudó en llamar la aporía del acto. Ellas son la consecuencia de que el acto no depende de la vía analizante mientras que el control lo apunta por esta misma vía. Si el psicoanalista no encuentra la certeza de su acto más que en la hiancia del sujeto supuesto al saber, el control parece restaurar el recurso a los supuestos asideros del sujeto supuesto al saber.

#### *Elevar la particularidad del caso al matema*

Este hiato es sin duda lo que funda las críticas dirigidas a menudo a la práctica del control. Se le imputa generalmente ser la ocasión — que además está enmascarada— de una recaída o de una distorsión de lo que la estructura del discurso analítico impone al analista. Enunciamos las cuatro sospechas mayores del cuestionamiento a lo que allí se demanda. Se denuncia en él, primero, un lugar donde se puede charlar con entendimiento —bonita palabra y muy apropiada para decir que allí se procura estar a la par con un cómplice—. A no ser que se trate de un lugar donde se contagiaría el *savoir-faire*, aun si es deber constatar que nunca se recogen de él más que residuos. Si no es esto, será un lugar donde hacerse reconocer, hacerse representar por el significante analista con respecto a un otro. Queda finalmente la cuarta sospecha: que el control sea, sin decirlo, el motivo de un reinicio de la transferencia para un complemento de análisis. Retomo de lo más a lo menos degradado. Se trataría: de reencontrar una simetría bien contraria a la profunda disimetría de la relación analítica: de autorizarse en otro, mientras que el analista, si lo es, se autoriza en sí mismo, en su acto; de restaurar un efecto de subjetivación allí donde la experiencia impone al analista ser objeto; finalmente, de reanimar el sujeto supuesto al saber que el análisis destituyó.

Estas críticas no dejan de esconder algunas verdades de la experiencia, pero éstas no se ordenan más que siendo referidas a su fundamento. Controlar puede, sin duda, adquirir a veces una función subjetiva compensatoria, y siempre le es posible al analista remediar su experiencia antes bien que pensarla. Lo que el control pone sobre

el tapete no es otra cosa que lo que Lacan designa como la posición "insostenible" del psicoanalista. Ella es la única, según nos enseña Lacan, en conjugar un "soy", que excluye el pensamiento, con un "sé" imposible de cambiar. Que el control llegue a veces a comprometerla no debe ocultar el deber de control que se anuda a esta posición, sin el cual roza muy de cerca la impostura. Que el analista no piense allí donde es operante, no lo dispensa —ansiedad, dice Lacan— de tener que pensar el psicoanálisis, y si el sujeto supuesto al saber es espejismo, éste no es el caso del saber mismo, sobre todo no el de la estructura en la cual está incluido y donde debe operar. Es por ella que un control no es imposible. Se equivoca entonces aquel que querría concluir de la inconsistencia del Otro —probada o comprobada— la vanidad del control. Hay por cierto un control distinto; el del obsesivo teniendo que asegurarse de que lo que está allí, lo está, y de que lo hecho lo está efectivamente. Que no le crea a sus ojos proviene con seguridad de la represión. Pero el analista bien puede creer en la certeza de su acto y querer todavía cotejarlo con sus efectos de producción con toda la razón de la estructura porque el Otro, allí, no sabe. Aquí la seguridad, si no se asegura con ciertos "valores de control", según la expresión de Lacan, no sería más que infatuación delirante o cínica impostura. Ahora bien, ¿dónde hallar esos "valores de control" sino en la estructura que ordena la experiencia, la del discurso analítico? Asegurarse no tiene nada que ver con la introspección contra-transferencial, doblemente vana: porque si se trata de asegurar que hay análisis, no hace más que focalizarse en lo que allí hace obstáculo, y si se trata de corregir el deseo del analista, eso no está al alcance más que de la cura misma. Sin los "desplazamientos y hendiduras del sujeto que balizan la elaboración del analizante", ¿cómo concebir siquiera su recorrido, el que va de la suposición de la transferencia al relevo tomado por el acto analítico? El acto que el Otro deja en blanco ( $S(A)$ ) se controla por la cura que él causa ( $\alpha \rightarrow$ ). Si es así, se ve que el control no carece de afinidad con otro dispositivo propiamente lacaniano: el procedimiento del pase. Este también apunta al acto analítico. Lo apunta en su agente, porque para el pasante se trata de testimoniar sobre la metamorfosis experimentada en su análisis que condiciona su pasaje al acto analítico, no jugando el relevo de los pasadores interpuestos entre pasante y jurado más que como placa sensible de esta mutación. El acto se aborda en el pase por el análisis que lo hace posible, mientras que a la inversa, en el control, es abordado por la mediación de las curas que lo suponen, y que no

existirían sin él. Por esto, lo que se deposita como hechos clínicos producidos por el trabajo de transferencia, testimonia una práctica. Y la parte de elaboración que puede haber en el control, con su mira ideal de elevar la particularidad del caso al matema, es solidaria del control del acto.

*Transferencia, confianza y falla del sujeto supuesto al saber*

El problema comienza cuando se trata de situar esta práctica del control en la estructura. No hay duda de que es una puesta a prueba para verificar, a propósito de cada caso en su particularidad, que está ordenado por la estructura del discurso analítico, cosa que no ocurre sin el acto en el lugar del agente. Pero queda la pregunta de saber qué es el controlador para aquel que le habla. Uno duda, por cierto, en volcar su intervención a cuenta del acto, tanto que retrocedería en decir: el control, coma, didáctico. Sin embargo, si hay un controlante tiene que haber quien responda, porque no hay más auto-control que auto-análisis, y la elaboración que allí se hace supone su causa. Si sólo se tratara de encontrar su Otro, no valdría la pena, porque está por todos lados. Lector, público, cenáculo de la profesión ocupan eventualmente el lugar, y señálemoslo, sin que haya que sollicitárselo, lo que quiere decir que uno es controlado de todos modos, pero al mismo tiempo el control que se demanda es otra cosa, como es otra cosa hablarle a las paredes que dirigirse a alguien especificado con un nombre propio y que puede responder. Es cierto que la pared bien puede no carecer de eco, ya sea de presencia, de interés o todo lo contrario, pero no es la misma respuesta. El alguien que puede responder no es manifiestamente cualquiera para quien recurre a él: se le imputa, evidentemente, el saber del analista—transferencia entonces—, se espera que no faltará a la ética de su discurso—confianza— y sin embargo se supone que sabemos que no nos aliviará del acto—falla del sujeto supuesto al saber—. La ambigüedad de esta petición acrecienta por lo tanto el peso de la respuesta que—conforme a la estructura de la palabra— va a fijarla en un mensaje determinado. De golpe, es el controlador mismo el que está puesto en causa.

*Un control según el discurso analítico*

Se sabe, por otra parte, que a menudo se lo discutió en el curso de la historia del psicoanálisis. Ferenczi, uno de los primeros, denuncia muy tempranamente su estructura de sugestión. Más próximo a nosotros, uno recuerda, en el momento de la disolución de la EFP\*, un texto humorístico titulado "A nuestros mayores" que le lanzaba la estocada de la ironía. Todo indica, en los hechos, que las prácticas del control son muy diversas, y que son posibles muchas respuestas que pueden flotar de un discurso al Otro. En efecto, para el controlador no es imposible operar por la sugestión, es decir colocar algún aspecto de la doctrina en posición de ordenar el conjunto del saber analítico ( $S_1 \rightarrow S_2$ ), así como profesar sobre el caso ( $S_2 \rightarrow a$ ) o incluso encarnar la provocación histórica a una elaboración de saber ( $S_2 \rightarrow S_1$ ). Falta en esta práctica lo que contribuye a dibujar el eje de un psicoanálisis: las implicaciones del procedimiento que Freud inventó bajo el nombre de asociación libre. A partir de allí, la respuesta del analista controlador se halla liberada de las obligaciones del modo de la interpretación. Tiene entonces la opción, por sus intervenciones, de elegir el discurso en el que va a ser captada la demanda que le es hecha, y debido a esto, el impacto de su posición ética se encuentra multiplicada.

Ahora bien, las tres respuestas recién evocadas están, a este respecto, lejos de ser idénticas. Las dos primeras, donde el controlador consiente ya sea en profesar, ya sea en sellar como amo el saber sobre el caso, son sintónicas con la demanda, que en cuanto al saber, más bien lo invita a ser la medida. La tercera, la incitación hecha al controlante de elaborar los indicadores de estructura en los que puede apoyarse, se diferencia de aquellas porque es ya una torsión de la demanda, que querría que él se haga cargo de esta elaboración. Y de hecho, si el analista, por su silencio o por su interpretación es aquel que hace profesión de apuntar al sujeto, no a su demanda sino a su deseo, ¿por qué entonces la demanda vehiculizada en el control sería, más que cualquier otra, tomada al pie de la letra? Hay que decir entonces cómo un control podría inscribirse en el discurso analítico. Supondría hacer del controlante un sujeto dividido que trabaja, opuestamente a la función de objeto que tiene en su operación de analista. ¿Qué trabajo? No el de producir sus significantes amos, porque se saldría entonces del control para entrar en la cura. Quizás ésta sea

\* Ecole freudienne de Paris. [N. de T.]

una ocasión favorable, pero no es nuestro asunto. Como trabajo, el control somete a la prueba de una transmisión todo lo que se pone en juego del saber en la cura. Ese saber no es unívoco. Es lo que, como propiamente inconsciente, se *descifró* en el flujo de los dichos analizantes, lo que de su decir se *dedujo*, así como lo que de *savoir-faire* con la transferencia operó. Sin embargo, haciendo esto, opera una división que no debe ser suturada —división entre lo que el analista en control recoge y elabora del saber original del que hace nacer la cura, y la ignorancia que debe seguir animando su posición si quiere conducir una cura hasta el término en que se confirma haber sido un psicoanálisis. Esta ignorancia, lejos de ser un "No quiero saber nada", es por el contrario lo más cercano que existe a un deseo de saber, si hay uno. Que el analista controlador se haga causa de la juntura disyuntiva entre la elaboración de saber y el mantenimiento necesario de la disciplina de la ignorancia y habrá logrado, quizás, un control según el discurso analítico —aquel que dice no, que impide que el sujeto analista "deje atrás su acto". Restricción: no en todos los casos de la demanda un modo tal de control es posible.